

tiempo sin poder quitarle nada de su importancia. Hizo un elogio admirable de «aquel prodigioso laboratorio de París donde se acumulaban todos los recursos intelectuales, donde afluyen todas las fuerzas vivas de la sociedad, todos los datos de la política interior y exterior, fecundados por un espíritu público cuya vivacidad no altera el acierto ni el buen sentido.» Contestó con una frase digna y altiva á las acusaciones ya formuladas contra él, al declarar que se mantendría escrupulosamente dentro de los deberes especiales del cargo de que le habían revestido. Finalmente trazó todo un programa de trabajo y hasta de gobierno, al pronunciar estas palabras que tuvieron gran resonancia: «Habéis reunido y preparado muchos materiales de construcción; habéis elaborado muchos proyectos: hay que dar cima á la obra... Hagamos converger todas nuestras facultades, todos nuestros esfuerzos hacia el fin supremo; la grandeza de la patria y el afianzamiento de la República.»

La composición del gabinete no era ajena al desconocimiento por la mayoría de las reglas del funcionamiento normal del régimen parlamentario. Las disposiciones poco menos que hostiles de la mayoría respecto al ministerio se revelaron no en sesión pública, sino en conciliábulos de grupos y en conversaciones de pasillos, donde se trató vagamente de un programa mínimo, sobre el cual los republicanos se entenderían y que impondrían al gobierno. Waddington aprovechó la primera ocasión que se le presentó para protestar contra un procedimiento que encontraba irregular y antiparlamentario; se alzó contra la conducta de la izquierda que creaba al ministerio «una situación intolerable,» contra «una ingerencia y una tiranía» que ningún gabinete querría soportar; intimó al Parlamento á que dijese categóricamente si el ministerio poseía ó no su confianza; reclamó la confianza absoluta y completa de la mayoría, con un vigor que nadie le había visto desplegar; censuró la política de pasillos, de ataques por medio de la prensa, y, en nombre de la dignidad de la Cámara y del porvenir del régimen parlamentario, pidió imperiosamente á la Cámara que provocase las explicaciones del ministerio.

El guante no fué recogido aquel mismo día; pero momentos después de haber bajado de la tribuna el presidente del Consejo, la Cámara, á propuesta del señor Boysset y después de una ardiente acusación de Floquet, tomó en consideración, por 320 votos contra 152, con el asentimiento de Le Royer y de sus colegas, una proposición para que se suspendiera la inamovilidad de los magistrados. El gabinete desaprobaba en el fondo aquella proposición que no había de surtir efecto hasta cuatro años después, pero no se atrevió á combatirla.

Los incidentes de la sesión del 2 de diciembre habían abierto una verdadera crisis ministerial que duró en realidad hasta la constitución del ministerio Freycinet. El 4 de diciembre los Sres. Brisson, Allain-Targé, Floquet, Gátineau, Boysset, Spuller Baihaut, Dreou, Labuze y Varambón pidieron la palabra para interpelar al gabinete sobre su política interior. Waddington manifestó el deseo de que la interpeleación fuese discutida inmediatamente y Brisson subió á la tribuna para explicarla. Su discurso produjo tanto más efecto cuanto

que sus intervenciones eran muy raras. Con sobriedad, concisión y firmeza, hizo ver el desacuerdo que reinaba en el ministerio y la unión que subsistía en la mayoría á pesar de que en diez meses el gabinete no había sabido hacer la educación parlamentaria de aquellos 350 diputados procedentes de los puntos más diversos del horizonte político. Expuso que el gobierno no había solucionado la cuestión de las relaciones de la gendarmería con los municipios y las autoridades administrativas, ni había sabido calmar la emoción pública provocada por los gritos facciosos de «¡viva el rey!» dados en banquetes en que asistían oficiales del ejército territorial. Nadie sabía donde estaba la fuerza, ni donde estaba la dirección gubernamental. Había faltado inteligencia, entre los servicios públicos, porque ciertas corporaciones administrativas, judiciales, científicas y otras, constituidas en mandarinatos, contrarrestaban el poder; porque el gabinete no había sabido dar orientación á los funcionarios, ni al parlamento, ni á la población; porque vacilaba ante una mayoría resuelta; porque retrocedía ante las reformas y las iniciativas; porque iba dirigido sobre todo al gobierno el apremiante consejo de Gambetta de que «había que dar cima á la obra.»

El presidente del consejo contestó en términos que nada conservaban de la resolución por él mostrada dos días antes. Afirmó su propósito de no prestarse á que fuese reproducida la cuestión de la amnistía; recordó las leyes de enseñanza presentadas, la vuelta de las Cámaras á París llevada á efecto, el consejo de Estado reorganizado, la Hacienda en situación próspera, la paz pública mantenida, pero nada contestó á los cargos formulados por Brisson. Según declaración del presidente del Consejo, el gobierno no quería la amnistía completa, ni el nombramiento de los alcaldes por todos los consejos municipales, ni la libertad absoluta de la prensa, ni el derecho de reunión ilimitado, ni el derecho de asociación sin traba alguna, y consideraba como una suprema imprudencia el dividir al partido republicano en dos, el de los progresistas y el de los conservadores.

Julio Ferry repitió con mayor firmeza las declaraciones del presidente del consejo y el Sr. Devés explanó los motivos de una orden del día de confianza que propuso en nombre de la izquierda republicana. «La Cámara de diputados, rezaba la orden del día, después de oír al gabinete en sus declaraciones, persuadida de que está firmemente resuelto á hacer respetar por todos el gobierno republicano y confiada en el vigor con que separará de los empleos públicos á los funcionarios hostiles á nuestras instituciones, pasa á la orden del día.»

Esta orden del día que creaba el equívoco, y no resumía en manera alguna la discusión que acababa de tener efecto, fué adoptada por 221 votos contra 97, absteniéndose de votar 203 diputados, pertenecientes casi todos á la izquierda. El gabinete quedaba moralmente en crisis y hasta el 21 de diciembre no existió más que de nombre. Si fué mantenido el 4 de diciembre por el escrutinio, debióse á un incidente parlamentario que acababa de ocurrir. Durante su discurso, Ferry había hablado de las impertinencias de ciertos oficiales del ejército territorial. «Id á decirles delante

lo que acabáis de decir aquí, gritó Pablo de Cassagnac, y os arrojarán las charreteras á la cara.» Cassagnac fué corregido con la exclusión temporal, y ningún republicano quiso votar contra un gabinete que tenía en frente semejantes enemigos y á quien se atacaba con aquella violencia injuriosa: todos se refugiaron en la abstención.

Waddington se daba tan exacta cuenta de la situación creada al gabinete por la votación del 4 de diciembre que, desde aquel momento manifestó su intención de dimitir. Resignóse á conservar el poder con una mayoría desconfiada y un gabinete dividido, hasta el día en que dos ministros, directamente atacados por dos votaciones de la Cámara, se retiraron espontáneamente. Contestando á una interpeleación de Lockroy sobre la aplicación que había hecho de la ley de la amnistía, Le Royer obtuvo una orden del día de confianza que si se aprobó por 250 votos contra 175, debióse á la abstención de la derecha.

En la interpeleación dirigida al ministro de la Guerra por los Sres. Achard, Rouvier, Caduc, Lalanne, Reynal y Trarieux, el resultado fué aún peor: el gabinete triunfó otra vez, pero su mayoría de 244 votos contra 163 contenía 118 de la derecha. El 29 de septiembre se había celebrado en Burdeos un banquete legitimista con la asistencia de dos comandantes y el teniente coronel del 140.º regimiento de infantería territorial, señor Carayon-Latour, senador. El ministro había suspendido de empleo á los dos comandantes y citado al teniente coronel ante un consejo de información que declaró que no había lugar á formación de causa. El Sr. Reynal, en nombre de los interpeleantes, suplicó al general Gresley que volviese de su acuerdo: el ministro se negó, bajó de la tribuna y abandonó el salón de sesiones, en medio de los ruidosos aplausos de la derecha.

El 21 de diciembre, los ministros, en vista de que el presidente del consejo estaba resuelto á resignar sus funciones, hicieron otro tanto, y en seguida Waddington llevó al presidente de la República la dimisión colectiva del gabinete y de los subsecretarios. El ministerio del 4 de febrero había durado diez meses y medio, inaugurando, no por falta de luces ni buena voluntad, sino por falta de energía, aquel período de crisis y de inestabilidad que debilitó, á los ojos del país, el prestigio del partido republicano, al extremo de hacer dudar de su capacidad gubernamental.

III

Fuera del mundo parlamentario, la caída del gabinete Waddington produjo gran sorpresa, porque pocas personas conocieron los motivos. La crisis ministerial fué larga. Todo el mundo se preguntaba si el jefe incontestable de la mayoría tomaría la dirección del gobierno. La respuesta fué pronta y nada equívoca: Gambetta se quedaba en el puesto á que lo había llamado la confianza de sus colegas. A falta de Gambetta, el más indicado era Julio Ferry, puesto que se trataba sobre todo de hacer votar las leyes en suspenso y particularmente las escolares. Pero tampoco le fué ofrecida la presidencia del consejo, quizá porque se le consideraba demasiado comprometida en la lucha contra el clericalismo. Quedaba Freycinet, personaje enigmático

que no inspiraba gran desconfianza al centro izquierdo, ni á la unión republicana de la Cámara, tal vez porque no tenía opinión bien determinada, ni programa bien definido. El primero de dichos grupos estaba satisfecho de las declaraciones muy moderadas que con frecuencia había hecho durante los últimos dos años, y el segundo estaba lleno de indulgencia para con el antiguo colaborador de Gambetta durante la Defensa nacional. Indiferente á los matices, excéptico en materia de política pura, muy apreciado de Grevy, Freycinet recibió la misión de formar gabinete, y sólo se desprendió de los ministros que no quisieron continuar en su puesto, que fueron los Sres. Waddington, Le Royer, León Say y Gresley, que fueron reemplazados sucesivamente por el mismo Freycinet, que confió la cartera de Obras públicas al Sr. Varroy al tomar la de Negocios extranjeros, y por los Sres. Cazot, Magnin y Farre. Los ministros conservados eran, además de Freycinet, los señores Cochery, Tirard, Ferry, Jaureguiberry y Lepère. Completóse el gabinete con el nombramiento de seis subsecretarios: Martin-Feuillée en Gracia y Justicia, Constans en el Interior, Wilson en Hacienda, Turquet en Bellas Artes, Sadi-Carnot en Obras públicas y Cipriano Girerd en Agricultura y Comercio. Todos estos hombres, de gran notoriedad, muy competentes y republicanos, formaban más bien una analgama de ministros que un verdadero gabinete. Era el ministerio Waddington sin Waddington, con los mismos defectos que el gobierno anterior, sin significación precisa. En su formación no se habían tenido en cuenta las repetidas indicaciones de la Cámara, ni sus repugnancias, ni su vivísimo deseo de progreso y de reformas. El primer ministerio Freycinet era adecuado, si así cabe decirlo, á la mayoría senatorial y, por consiguiente, se quedaba atrás respecto á la opinión de la mayoría republicana de la Cámara, circunstancia tanto más grave cuanto que el gabinete iba á seguir en definitiva á esta mayoría, en vez de guiarla. Ministros y mayoría sólo estaban de acuerdo sobre las leyes escolares, y precisamente esta cuestión de las leyes escolares iba á demostrar que los ministros no estaban acordes entre sí.

En el programa que leyó en las Cámaras, Freycinet afirmó que la formación del nuevo gabinete prometía una marcha resuelta en la vía «de las reformas necesarias y de las mejoras sucesivas.» Anunciaba la reorganización de la magistratura y la reforma del personal administrativo. Las disposiciones del proyecto de ley sobre el derecho de reunión, presentado por el anterior gabinete, eran aceptadas por el nuevo. Anunciábase un proyecto de ley de imprenta. Continuaríase la ejecución del programa de obras públicas anteriormente emprendido. Debía organizarse el régimen arancelario y activarse la deliberación de las leyes militares. Para asegurar el cumplimiento de tan considerable programa, Freycinet invocaba lo que más falta le hacía, el espíritu de constancia y de método, y prometía, para tranquilizar los ánimos, un gobierno liberal, capaz de fundar una República en que ingresasen sucesivamente todos los franceses. Respecto á las leyes escolares, el ministerio no las había olvidado; quedaban sometidas al Parlamento y serían completadas por una ley sobre la instrucción primaria, conforme á las aspiraciones del país.

A la lectura de la declaración ministerial no siguió discusión ni votación ninguna; pero en la Cámara se trató de redactar un programa mínimun para imponerlo al gabinete y de cimentar las diferentes fracciones de la mayoría para una acción común. Ambas tentativas fracasaron. Bajo el ministerio Freycinet las posiciones respectivas del gabinete y de la mayoría fueron las mismas que bajo el ministerio Waddington: la falta de cohesión fué igual en uno y otro. El ministerio gobernó al día y la Cámara le dió mayorías accidentales, con frecuencia regateadas. La misma desunión reinó en la mayoría senatorial, que se reveló en la elección del doctor Broca para la senaduría vitalicia vacante por fallecimiento de Montalivet. Después de un empate, el doctor Broca, candidato de las izquierdas, fué elegido por 140 votos contra 132 obtenidos por el Sr. Bertoland, al que se adherieron Dufaure y 17 miembros del centro izquierdo. Los republicanos católicos, más católicos que republicanos, habían votado contra Broca, como habían de votar contra el artículo 7.º

¿Es justo atribuir á lo que Clemenceau y el duque de Broglie llamaban «el gobierno oculto,» es decir, á Gambetta y á su camarilla, la impotencia en que van á luchar los ministerios y la mayoría? ¿Es responsable Gambetta de la inestabilidad ministerial que señaló los cuatro primeros años de la presidencia de Julio Grevy? En manera alguna. Llevado á la presidencia de la Cámara con el asentimiento del mismo Grevy, Gambetta no por eso dejó de ser el jefe y el inspirador del grupo más importante de la mayoría republicana, y este grupo no tenía más que una representación insuficiente en la combinación del 28 de diciembre como en la del 4 de febrero. Sabemos muy bien que Gambetta conservaba su inmensa popularidad en el país, su influencia sobre la gran masa del partido republicano en la Cámara elegida en 1887 y su acción personal sobre todos los ministros. Sin embargo, no tenía la responsabilidad del poder. Permanecía en su puesto, y si ejerció jamás alguna distadura, fué la de la persuasión. Ya entonces había en la prensa monárquica y en la prensa radical, como en la camarilla del Elíseo, un partido hostil á Gambetta, que le combatía sordamente y cuyos ataques iban á ser cada vez más vivos después de la caída del ministerio Freycinet. De todas maneras, en el Elíseo no comprendieron que la eliminación casi total de los miembros de la unión republicana y de su ilustre jefe creaba una situación parlamentaria insostenible, impedía la constitución de un gabinete homogéneo y falseaba todos los resortes del gobierno.

La cuestión de la amnistía fué la que más hizo resaltar la debilidad y la indecisión del ministerio, que se contradijo completamente en el corto espacio de cinco meses. Luis Blanc, historiador tan sabio como apasionado de la Revolución, había presentado en 22 de enero una petición de amnistía general. Ya hemos indicado el estado de la cuestión. Fuera de los miembros de la *Commune*, se puede decir que ya no existían víctimas de la insurrección sin antecedentes judiciales. Pero en cuanto á los que habían sido condenados antes del 18 de marzo por crímenes ó delitos, el gobierno estaba dispuesto á conceder todos los indultos posibles. Así es que cuando las secciones discutieron la petición de Luis Blanc, los ministros diputados se pronuncia-

ron enérgicamente contra el principio de la amnistía general. Las secciones únicamente nombraron tres miembros favorables á la amnistía completa y ocho contrarios.

Al discutirse la proposición en la Cámara, el 12 de febrero, el gobierno se mostró muy firme y resuelto, haciendo oír, por boca del presidente del consejo, un discurso que parecía dar por definitivamente terminada la cuestión de la amnistía. Después de haber desechado terminantemente la proposición de Luis Blanc, Freycinet explicó los motivos de su oposición. No había que invocar consideraciones de humanidad, por cuanto la amnistía, á diferencia del indulto, se aplicaba á las colectividades y no á los individuos. Antes de concederse, la amnistía debe tener su causa ganada en el espíritu de la mayoría; el ministro afirma que no sucede así en el momento en que habla, y que la amnistía general, lejos de ser deseada por el país, le causa inquietudes: el país vería en ella la prueba de una política falta de prudencia y de firmeza. Mientras la amnistía sea presentada como una rehabilitación y pedida con frases de odio, el gobierno la rechazará. ¿Quién la reclama? Los que habitualmente niegan sus sufragios al gobierno. No será posible sino cuando el gabinete, apoyado en una poderosa mayoría, tenga una fuerza moral incontestable. Que los firmantes de la proposición se entiendan, pues, para hacer la cohesión del partido republicano dentro y fuera de la Cámara. Freycinet termina elocuentemente conjurando á todos los republicanos á que se le unan para construir ferrocarriles, abrir puertos, edificar escuelas, mejorar los aranceles, aligerar los impuestos, fomentar, en una palabra, por todos los medios posibles, la prosperidad material y moral del país.

Admirase en Freycinet la abundante variedad de miras, la ductilidad de elocuencia y la maravillosa claridad de lenguaje. Su talento recuerda el de Thiers, aunque el ingeniero es más académico que el historiador. Sin embargo, si ambos se parecen en algunos puntos como oradores, difieren profundamente como jefes de gobierno. Thiers se obstinaba en sus ideas, mientras que Freycinet parecía poco aferrado á las suyas. La personalidad del primero era tan preponderante como modesta la del segundo.

Sin oponerse en principio á la concesión de una amnistía general, Freycinet hacía de ella una cuestión de oportunidad. La Cámara opinó como él y desechó la proposición de Luis Blanc por 316 votos contra 115. En la mayoría figuraban 232 republicanos, 47 de los cuales pertenecían á la unión republicana. Pocos días después de la votación, en una reunión celebrada por este grupo, su presidente Spuller aconsejó á sus colegas que prestaran su concurso al gabinete. «Para responder, les dijo, al deseo más manifiesto y más legítimo del país, debemos constituir, sostener y hacer funcionar el gobierno que hemos establecido, y por una verdadera contradicción, hay republicanos que á veces se verían tentados de contestar, si no de negar, en nombre de ciertas tendencias, á ese gobierno de su elección, la fuerza y los atributos necesarios á todo gobierno que quiere vivir, hacerse obedecer é imponer á sus adversarios el respeto y el temor.» Tan sabios consejos, en boca del amigo más íntimo de Gambetta y

que reflejaba seguramente su pensamiento, fueron aplaudidos como se merecían; pero no siempre fueron seguidos en la práctica.

Cuatro meses transcurrieron entre la desestimación de la amnistía general y la reanudación, por Gambetta mismo, de la proposición de Luis Blanc. A instigación suya, celebróse en el ministerio de Negocios extranjeros una reunión oficiosa de los presidentes de ambas Cámaras y de los presidentes de los grupos republicanos del parlamento. Freycinet vacilaba. León Say, alegando el poco tiempo que llevaba al frente del Senado, declinó la invitación que se le hizo para que hablase el primero. Gambetta, en pocas palabras, convirtió á todo el mundo á su opinión, y el gobierno convertido presentó á la Cámara un proyecto de ley que amnistiaba no sólo á los condenados de 1870-1871, sino que también á todos los autores de crímenes ó delitos cometidos hasta el 19 de junio de 1880. Abrióse dos días después la discusión sobre un dictamen favorable del señor Jozón. Casimir-Perier combatió la amnistía con los argumentos que Freycinet había empleado el 12 de febrero anterior. Freycinet la defendió sin energía. Cassagnac, más moderado que de costumbre, hizo observar que si la mayoría del 12 de febrero había cambiado, el presidente del consejo del 12 de febrero debía ceder el puesto á otro hombre político, al que todo el mundo designaba como el verdadero agente de aquel cambio de frente de la mayoría y del gobierno.

Después de este discurso, Gambetta bajó del sillón presidencial y reapareció en la tribuna. En pocas palabras muy claras define su papel en la discusión: no domina al gobierno, sino que permanece en el puesto de confianza á que le llamó la Asamblea; si lo abandona un instante, es por no mirar, con egoísmo é indiferencia, lo que hacen los demás, sin aportar su parte de colaboración. Hay que conceder la amnistía, porque llega un momento en que, á toda costa, en un país de sufragio universal y de ardientes disputas en los comicios, hay que echar un velo sobre los crímenes, las flaquezas, las cobardías y los excesos comunes. Hay que hacerlo lo más pronto y lo más lejos posible de las elecciones generales, para impedir que los adversarios de la República la exploten; hay que concederla porque, aunque la amnistía no apasiona á Francia, ésta se halla cansada, exasperada de oír hablar constantemente de esta cuestión, porque pide á sus gobiernos que la desembaracen «de ese andrjajo de la guerra civil,» porque la cuestión no sólo está madura, sino «podrida,» porque la amnistía no inquietará á Europa y sobre todo porque, en vísperas del 14 de julio, del día en que el ejército, «suprema idea,» volverá á recibir sus banderas «tan odiosamente abandonadas,» hay que echar la piedra tumularia del olvido sobre los crímenes y los vestigios de la *Commune*; es preciso que todos sientan que no hay más que una Francia y una República.

Esta elocuente y vigorosa apología arrastró á la Cámara, y el proyecto del gobierno, aprobado por 312 votos contra 126 pasó, inmediatamente al Senado, donde fué combatido por Julio Simón, defendido por Freycinet, Tirard y Hebrard, y desechado por 145 votos contra 133. Afortunadamente para el gobierno y para la amnistía, la Cámara alta adoptó por 143 votos contra 138 una enmienda transaccional del señor Bozerian

que permitía devolver el proyecto á la Cámara. Esta reprodujo por su cuenta una enmienda del señor Labiche que el Senado había desechado, y el Senado, cediendo una vez más, acabó por aceptar, por 166 votos contra 97, un texto que no excluía de la amnistía más que catorce personas.

La amnistía de Luis Blanc, de Víctor Hugo y de Gambetta, la amnistía general era un hecho. ¿Cuáles fueron sus resultados? Estos no respondieron enteramente á las esperanzas de sus partidarios ni justificaron los temores de sus adversarios. Los que volvían á Francia después de diez años de presidio, de deportación ó de destierro, y que nada habían aprendido ni olvidado, se mostraron poco agradecidos al gran acto de clemencia y de perdón que les alcanzaba; pero no hicieron correr ningún peligro al orden público, y la opinión se mostró indiferente á ciertos regresos ruidosos preparados con aparato teatral. El único resultado apreciable de la amnistía fué el de quitar á los intransigentes una base electoral. Cierta es que inmediatamente encontraron otra: la revisión constitucional y la supresión del Senado; pero la explotaron con escaso éxito, así en las elecciones parciales como en las elecciones generales. Por todas estas razones, Gambetta, con su buen sentido político, había estado bien inspirado al cerrar el libro de la guerra civil y sobre todo al cerrarlo en vísperas del 14 de julio de 1880, fecha adoptada para la celebración de la fiesta nacional.

Habiase elegido el aniversario de la toma de la Bastilla para la entrega á todos los regimientos de las banderas destinadas á reemplazar las que Bazaine había entregado al enemigo. Rodeado de los ministros, de los presidentes de ambas Cámaras y de los miembros del Parlamento, Julio Grevy dirigió nobles y patrióticas palabras al ejército, que Francia entera acogió con viva emoción:

«El gobierno de la República celebra hallarse en presencia de este ejército verdaderamente nacional, que Francia forma con la mejor parte de sí misma, dándole toda su juventud, es decir, lo que tiene de más estimable, generoso y valiente, infundiéndole así su espíritu y sus sentimientos, animándolo con su alma y recibiendo de él en cambio sus hijos educados en la viril escuela de la disciplina militar, de donde traen á la vida civil el respeto á la autoridad, el sentimiento del deber, el espíritu de abnegación, con esa flor de honor y patriotismo y esas viriles virtudes de la profesión de las armas, tan propias para formar hombres y ciudadanos... Francia os confía, con estas nobles insignias, la defensa de su honor, de su territorio y de sus leyes.»

Era difícil caracterizar mejor al nuevo ejército, salido de las entrañas de la nación, y también reorganizado á costa de diez años de trabajo y de sacrificios. París había acudido en masa á Longchamp para asistir á tan conmovedor espectáculo. Al regreso del bosque de Boloña, al penetrar en el corazón de la ciudad, sorprendía menos la empavesada de la vía triunfal que los modestos adornos de las calles estrechas, donde se andaba bajo una verdadera bóveda de flores y banderas. Indiferente al aniversario invocado, el pueblo no comprendía más que una cosa: lo que se celebraba era su fiesta y á ella se entregaba con toda el alma.